

Naturaleza prepara;
 Cuando la veis que, riénte,
 De gavillas circundada
 Y de riquísimas frutas,
 En común á todos llama,
 O por árida codicia,
 O por vil desconfianza,
 En nos solos vinculemos
 Los tesoros de sus gracias.
 De ellos vive el ave, y parte
 La hormiga en sus trojes guarda;
 Téngala también el pobre,
 Que humilde nos la demanda;
 Y lleve con su hacecillo,
 Cual si un tesoro llevara,
 El consuelo y la alegría
 A su misera morada,
 Donde postrados acaso
 Sobre otras miserables pajas
 Ya sus pequeñuelos hijos,
 Deh ambre transidos le aguardan.
 Así al buen Dios imitamos,
 Que nos da con mano franca;
 Agradarle abrir las nuestras,
 Y enojarle es el cerrarlás.
 Abridlas pues, y sus dones
 Entre todos se repartan;
 Que el los da á todos, y á todos
 Su inefable amor abraza.—
 Esto Plácido decía
 A la puerta de su granja,
 En medio sus segadores,
 Que como á padre le acatan;
 Plácido, en cuyo semblante
 La inocencia de su alma
 Y el respeto impresos brillan
 En sus venerables canas.
 Alzando las corvas hoces
 Con bulliciosa algazara,
 Todos al anciano siguen,
 Y él alegre les gritaba:
 «Segadores, á las mieses;
 Que ya la rubia mañana
 Abre sus rosadas puertas
 Al sol que de Oriente se alza.»

ROMANCE XVI.

EL CONVITE.

Por entre la verde hierba
 Baja un arroyuelo al prado,
 Orlando de espuma y nécar
 Las flores que encuentra al paso.
 «En cuántos cercos se pierde!
 Ora va risueño y manso,
 Y ora hace un blando susurro,
 Las guijas atropellando.
 Limpísimos sus raudales
 Semejan al aire vano,
 Que transparente nos muestra
 Los términos más lejanos.
 La arena en el fondo bulle;
 La arena, que entre sus granos
 Esconde el oro más puro
 Que da el celebrado Tajo;
 Y resbalándose en ondas,
 Cual las que de grado en grado
 Forman las fáciles aguas,
 Remeda su curso vago.
 Léngelo el veloz paso enfrena,
 Y en el mullido regazo
 De la espada y el trébol,
 Que riega abundoso y claro,
 Hasta su murmullo calla;
 Y parece que cansado
 De tanto correr, se duerme
 En un plácido remanso,
 Do se ven los pececillos,
 Ora rápidos vagando,
 Ir y revolver mil veces
 Por el cristalino lago;

Y ora en más alegre juego
 Con desvalido conato
 Lanzarse, y sonando hundirse
 En las olas con sus saltos.
 Los árboles de la orilla,
 En su espejo retratados,
 Dos veces la vista alegran
 Con la pompa de sus ramos.
 Sobre ellos los pajaritos
 Bullen en júbilo y canto,
 O entre sus vástagos corren
 Lascivos y alborotados.
 Aquí el ruiseñor canoro,
 Al cielo su duelo alzando,
 Con los trinos embebece
 De su melodioso llanto;
 Y allí, premiándola tierno
 Con mil piadas y halagos,
 Ardiente en pos de su amiga,
 Sale un colorín volando.
 Allí la tórtola gime,
 Y al arrullo solitario
 Rendida su fiel consorte,
 Le vuelve un quejido blando.
 Solicitas las abejas,
 En un jomillar cercano
 Con dulce trompa susurran
 Entre violas y amarantos;
 Mientras en la opuesta ladera,
 Satisfechos ya del pasto,
 Al frescor de su enramada
 Se reposan los rebaños;
 Y el valle en delicias arde;
 Y en ventura y gozo tanto,
 Sólo amor el pecho siente,
 Y de amor suspira el labio.
 Ven, pues, á la grata sombra
 Del álamo consagrado,
 Zagala hermosa, á tu nombre
 Desde que en él nos hablamos;
 Y en cuya limpia corteza,
 Ceñidas de un verde lauro,
 Grabé atentos nuestras cifras,
 Del amor mismo guiado.
 Anúdalas ¡ay! por siempre,
 Y en indisoluble lazo,
 Florido un mirto, y en terno:
 «De Clori dichoso esclavo.»
 Sús, pues; ¡qué nos detenemos!
 Ven á su fresco descanso;
 Que ya del sol y tus ojos
 No puedo llevar los rayos.
 Ven, y á mis ruegos te inclina;
 Dame donosa la mano;
 Que bien este don merece
 Quien su corazón te ha dado;
 Quien meses tantos de ausencia
 Sufrió infeliz, suspirando
 Por este lumbroso día,
 Término á mis ansias grato;
 En que en brazos del deseo
 Los dulcísimos regalos
 Disfrute, con que me brindan
 Tu ternura y tus encantos.
 ¡Oh! ¡cuál tus miradas brillan!
 ¡Cuán lánguidos son tus pasos!
 ¡Y en tu acento y en ti toda
 Qué nuevas delicias hallo!
 Ven, ven, adorada Clori:
 Un instante no perdamos;
 Que amor nos ríe, y propicio
 Tiende el misterio su manto.
 Celebrarán nuestra gloria
 Las avecillas cantando,
 Murmurando el arroyuelo,
 Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

Quita, aparta, Clori mía;
 Quitate ese odioso velo,

Que los rayos oscurece
 De tus ojos hechiceros.
 Deja que la lisa frente
 Luzca en todo su despejo,
 De los rizos coronada
 De ese tu rubio cabello;
 Que tu boca y tus mejillas,
 Y tu garganta y tu seno,
 A par que arrastren mis ojos,
 Electricen el deseo;
 Que esa flor de colorido
 De rosa y jazmín deshechos,
 Y tantas gracias y dotes
 Que te dió pródigo el cielo,
 Brillen en toda su gloria,
 Y hagan el feliz empleo,
 Sin esa importuna nube,
 De mil corazones tiernos.
 ¡Los tienes para ocultarlos!
 ¿No ves cuál ostenta Febo
 Su luz profuso, y la noche
 Miles de ardientes luceros?
 Ni la noche ni el sol hacen
 De su hermosura un misterio,
 Ni de su oriente la perla,
 Ni el diamante de sus fuegos.
 Todo, todo cuanto existe,
 Mientras más gracioso y bello,
 Quiere amor, el cielo ordena
 Que brille cual brilla él mismo.
 En muestra de su grandeza,
 Y ornato rico del suelo,
 Y ocupacion de la mente,
 Y de los ojos recreo.
 Deja, pues, embozos tales
 A la inquietud de los celos
 O á la beldad que ya sufre
 La cruda mano del tiempo.
 Tú, empero, que airosa creces,
 De perfecciones modelo,
 Como la temprana rosa
 En medio un pensil ameno;
 Tú, que cual la blanca luna,
 De las estrellas en medio,
 Esclarece el bajo mundo
 Y hermosea el firmamento;
 Así, cuando te presentas
 De tus gracias en el lleno,
 Eres, mi bien, de estos valles
 La delicia y el contento.
 ¿A qué negarte á los ojos,
 Que en su cariñoso anhelo,
 Gozar quieren cuanto admira
 De bello en tí el pensamiento?
 Si es arte, para que oculto
 Haga el delicioso empeño
 De hallar en los corazones
 Más poderoso su efecto;
 A vulgares hermosuras
 Deja ese falaz manejo,
 De que el desengaño ríe,
 Si hace ilusión un momento.
 Deja á esas flores sin vida,
 Para embelesar á necios,
 Que ostenten lo que no tienen,
 Disfracen lo que perdieron.
 Tiendan ellas, porque vistos
 Pierden su rostro y su cuello,
 El velo hasta la cintura,
 Y esconden su árido pecho.
 Guarden de la luz sus ojos,
 Por si en su ingenioso juego
 Crece por la gasa el brillo
 De sus lánguidos reflejos;
 Y á esfuerzos de un vil engaño
 Hagan, en fin, que de lejos,
 De su hermosura se luzcan
 Los desmoronados restos.
 No tú, que por tus donaires,
 Y tu mirar halagüeño,
 Y tu bullicio y delicias,
 Y tus sales y tu ingenio,

Esas formas de una diosa,
 Ese aire noble y esbelto
 De tu cabeza, esos pasos
 Que envidia la misma Venus;
 Igual en los corazones
 Mantienes tu dulce imperio,
 Martirio de las hermosas,
 De los hombres embeleso.—
 Así yo á Clori rogaba;
 Y ella, donosa riendo,
 Alzó, arqueando su fiel diestra,
 El velo á mi ardor molesto.
 Y «ya tus gustos cumplidos
 Tienes, mi querido dueño,
 Dijo; gozate en mis ojos,
 Que mi alma toda está en ellos.
 «Vélos, y hallarás tu imagen,
 Que del corazón saliendo,
 Fiel sabe, y contarte puede,
 Sus más íntimos secretos.»
 Yo, en mi impaciente delirio
 Embebecido, sin seso
 Mirélos, y ellos se clavan
 En mí lánguidos y tiernos.
 Las delicias inefables
 Que á aquel instante siguieron,
 Si es posible, amor las diga,
 Que yo á explicarlas no acierto.

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

¡Con qué dolor, Clori mía,
 Mi cariño fiel te deja!
 ¡Cuánto recela y se affige,
 Y el decirte adios le cuesta!
 Tú padeces, y yo, esclavo
 De una bárbara decencia,
 Apenas preguntar oso
 Si el agudo mal se templará.
 Pero en tu mirar doliente
 El corazón me penetra;
 Me lo dividen tus ayes,
 Y tu silencio me hiela;
 Tanto, que el dolor partiendo
 Contigo mi amor, apenas
 Mi mano, si te levantas,
 Tímida en tu auxilio llega.
 Vaste al lecho, y abatido
 Te abandono á tus donecillas,
 ¡Ay! ¡por qué el cuerpo se aparta
 De la vida y alma quedan!
 Por qué, mi bien, esta noche,
 Sentado á tu cabecera,
 No he de velar y alentarte?
 ¡No aliviaré tu tristeza!
 ¡Con qué piedad guardaría
 Tu reposo! ¡con qué tiernas
 Dulces pláticas enidaría
 Tu vigilia hacer ligera!
 ¡Qué atenciones, cuánto esmero
 No emplearía, á todo atenta
 Con solicitud dichosa,
 Mi entrañable diligencia!
 ¡Qué palabras, qué consuelos
 Te diría! ¡en qué finezas
 A un ay tan sólo, en tu alivio
 Se desharía mi lengua!
 Pero no, el dolor agudo
 No te aquejara; tus penas
 Templará el cielo á mi ruego,
 Y acabará la dolencia;
 El médico amor sería,
 Con lágrimas, mi ternura,
 El fuego apagando que arde
 En tu seno y te atormenta.
 Tal vez sobre el pecho mio
 Puesta la hermosa cabeza,
 Tus ojos cerrará el sueño
 Con los brazos adormideras;
 Y el corazón palpitando

Con carga tan halagüeña,
 Ni aún respirar osaría,
 Receloso de perderla.
 Solleito el aire mismo
 Tu amable delicadeza
 Guardara, y su soplo mudo
 Su velo insensible fuera;
 Despertáras, y mis brazos
 En agradable sorpresa
 Te estrecharán, y los tuyos
 Mi cuello tiernos ciñeran.
 No el dolor, Clori adorada,
 No turbaría... ¡Cuál sueña
 Amor! Tú sola, yo lejos,
 ¿Quién oirá, mi bien, tus quejas?

ROMANCE XIX.

EL COLORÍN DE FÍLIS.

Miraba Fílis un día
 Entre las doradas redes
 De la jaula, por romperlas
 Su colorín impaciente;
 Fílis, que amable y sencilla,
 Desde niña gustó siempre
 De avecitas, y en sus juegos
 Aun casada se entretiene;
 Miraba al pobre cautivo
 Llorar su misera suerte
 Con los ojos más agudos
 Y los trinos más dolientes;
 Morder el sonoro alambre,
 Y de alto abajo correrle,
 Pugnando su débil pico
 Si los hilos doblar puede;
 Sacudirlo enardecido,
 De un lado y otro volverse,
 Y avanzar cabeza y cuello
 Por la abertura más leve;
 Descansar luego un instante;
 Y con impetu más fuerte
 Saltar, volar, agitarse,
 Y hacia sí airado atraerle;
 Tal, que en su empeño y delirio,
 Con una y pico inclementes
 Batiendo la jaula entera,
 A su esfuerzo la estremece.
 «¡Ay! dijo la bella Fílis
 (Y suspiró dulcemente),
 ¡Qué mal, ¡jilguarito, pagas
 Lo mucho que á mi amor debes!
 ¡Qué mal tan sañosa furia
 Con tu placidez se aviene,
 Con tu delicia esos ayes,
 Que agudos mi pecho hieren!
 «Mas, pues entre grillos penas,
 Por fina que te festeje,
 No hayas miedo que te culpe
 Tu esquivez ni tus desdenes;
 «Que me olvide de tus gracias,
 Ni tu ingratitud increpe,
 Ni tu cólera castigue,
 Ni de mi lado te aleje.
 «¿Qué sirve que en tu cariño
 Solicita me desvele,
 Que la comida te ponga,
 Que el bebedero te llene,
 «Que dadivosa mi mano
 Regalos mil te presente,
 Ni mi dote te acaricie,
 Ni con mi boca te bese?
 «¿Qué sirve que mis finezas
 Tus donosuras celebren,
 Ni en tus suavísimos trinos
 Embebecida me lleves;
 «Pues encerrado y esclavo,
 Sin esperanza de verte
 Jamas con tu dulce amiga,
 No es posible estar alegre!
 «No es posible, ave querida,
 Por más que en fingir te esfuerces,

Que no maldigas la mano
 Que así entre hierros te tiene;
 «Y en cada mimo encubierto
 Algun lazo no receles,
 Con que tu bárbaro encierro
 Más ominoso te estreche;
 «Que de todo cantelosos
 La injusticia al fin nos vuelva,
 Y á los ojos que así miran,
 La amistad misma es aleva.
 «Yo también cautiva lloro;
 Y aunque de rosa y claveles
 Es mi cadena, en su peso
 El corazón desfallece.
 «Huérfana y en tiernos años,
 Que aún no cumplí diez y siete,
 Abandoné mi albedrío
 Al gusto de mis parientes.
 «Cúpome un amable dueño,
 Que galan me favorece,
 Cual amigo me respeta
 Y como hermano me quiere;
 «Pero, aunque humilde me sirva,
 Y por gran dicha celebre
 Que su señora me llame,
 Ni me engaña ni envanece;
 «Que yo también, ¡jilguarito,
 Me valgo de estos juguetes
 Cuando con graciosos quebros
 Armonioso me enloqueces;
 «También hijito te llamo
 Si á mi voz piando vienes,
 Y tus alitas me halagan
 Y tu piquito me muerde.
 «Y aún más que tú ardiente y tierna,
 Tomándote blandamente,
 Te estrecho contra mi seno,
 Te beso mil y mil veces;
 «Y nada ya dulce hallando
 Con que mi fe encareciste,
 ¡Ay, clamo, si con mis besos
 Mi vida darte pudiese!
 «Otro tanto hace mi dueño
 Cuando mi amor le enloquece,
 Que no hay fineza que olvide,
 Ni obsequio á que no se preste.
 «El pasatiempos me busca,
 Oros y galas me ofrece,
 Y en su casa y su albedrío
 Mis voluntades son leyes;
 «Pero en medio este embeleso,
 Una voz mi pecho siente
 Acá interior, que me dice:
 Nada á una esclava divierte.
 «Este pensamiento amargo
 Mancilla todos sus bienes,
 Y bien cual aciaga sombra
 Mi corazón oscurece;
 «Así como mis carinos
 Tú, avecilla, pagar sueles
 Con un pio, en que me increpas
 La soledad en que mueres.
 «Aun ahora elevada y triste
 Con un suspiro elocuente
 La libertad me demandas,
 Y á volar las alas tiendes.
 «No las tenderás en vano;
 Que el corazón me enternecen
 Tu expresión y tus quejidos;
 Y así, en paz donoso véte.
 «Véte en paz (la jaula abriendo
 Dijo Fílis); no te niegue
 Mi amor lo que tanto anhelas,
 Y tan fácil darte puede.
 «Véte en paz, colorín mio,
 Pues esclavo de las leyes
 Que á mi bárbaras me ligan,
 En tu inocencia no eres.
 «Véte, y venturoso goza
 La libertad que ya tienes,
 Y que yo alcanzar no puedo
 Sino ¡ay triste! con la muerte.»

Soltóte, voló, y el llanto
Brotó involuntariamente
De sus ojos, que se anegan
Con las lágrimas que llueven;
Y mirando á suavecilla,
Que ya en los aires se pierde,
Con un suspiro que lanza,
Seguiría ilusa pretende.

ROMANCE XX.

EL CARIÑO PATERNAL.

No embaraces, dulce amiga,
El grato anhelo del niño;
Deja que donoso pase
De tus brazos á los míos.
Mira en sus blandos gorjeos
Y en su incansante bullicio,
Cuál su tierno amor explica,
Gozándose en mis cariños.
El vivillo los entiende;
Y en oyendo, dulce hechizo,
Vén de tu padre á los brazos,
Se pierde en alegres brincos.
Ann ahora mismo riendo,
No admiras cuán expresivo,
Presentándose los suyos,
Se impacienta por cumplirlo?
Déjalo pues, Lisi amada;
Da benévola este alivio
A la ternura de un padre
Y á los ruegos de un amigo.
Ambos su encanto gocemos;
Gocémosle, que uno mismo
Es nuestro interés, las mismas
Ansias al verle sentimos.
Fausto fruto de los fuegos
Que el casto amor ha encendido
En nuestros pechos, pimpollo
Que florece á nuestro abrigo;
No la delicia me niegues
De que entre besos y mimos
Yo le festeje en mis brazos,
Y él me acaricie festivo;
La delicia de en mi seno
Regalarle adormecido,
Y bullirle y snstentarle,
Cual veces tantas te envidio,
Cédeme pues, blanda Lisi,
Por ora este dulce oficio,
Que así la feliz tarea
Iguales los dos partimos.
No más lo tardes avara,
Si por un ciego capricho
No siente ya de su padre
Celos tu amor con el hijo.
Pues no, que ese sol hermoso
Tiene por mitad su brillo
De ambos, Lisi, y en su oriente
Los dos á par revivimos.
Una flor es que al desvelo
Y al amor que ardiente y fino
Nos liga, y su pompa un día
Deberá, y su ámbar subido.
Un otro los dos, un centro
Do se unen nuestros destinos;
Tú hallas á tu fiel Aminta,
Yo á mi amable Lisi admiro.
Tú le llevaste en tu seno,
Y con un blando suspiro
Clamaste, al nacer: «¡Oh esposo!
Recibe tu hijo querido.»
Estrechéle yo en mis brazos;
Y bañándole en benigno
Feliz llanto, pecho y vida
Sentí con él divididos.
Y hoy á estos brazos le niegas...!
No deben partir contigo,
Si es un gusto, el que tú gozas,
Y si es carga, ser tu alivio?

¡Carga; idolatrada Lisi!
¡Carga! el serafín más lindo,
Que en sus graciosos fulgores
Semeja al sol matutino,
Semeja á la misma gloria,
Y en quien tú y yo embebecidos,
Parece que nuestras almas
Con la suya confundimos;
Que ciegos, en él hacemos,
En nuestro amante delirio,
Un sér único, en su pecho
Nuestros pechos derretidos.
Cuando aplicándolo al tuyo,
Y él premiándolo arterillo,
Como que apurar anhela
Su néctar más exquisito,
Los dos en grato embeloso
Su empeño infantil reímos;
El, viéndolo, el pecho deja,
Y entre gozos y cariños,
Soltándose en mil donaires,
Ambos bracitos tendidos,
Consigno amoroso, anhela
En uno á los dos unirnos.
Yo cedo á su blando impulso;
Pero al allegarme, asido
Ya le torno á ver del pecho,
Y el juego inocente río.
Otras veces más donoso
Pone su rostro divino,
De nuestros felices labios
Ansiando un tierno besito;
Y al recibirlo, los suyos,
Con mil risas prevenidos,
Otro nos vuelven, tan dulce
Cual lo diera el Amor mismo.
Otras cual loco vocea,
Se agita, salta, y esquivo
Escápase de tus brazos,
Para venirse conmigo.
Tal ora lo ves, que apenas
En ellos puedes sufrirlo;
Y mientras más lo retiras,
Más crece su ardiente ahínco.
Pues déjalo, idolatrada;
No tu amor necio exclusivo
Lo atormente más; mis brazos
Tendidos vé á recibirlo.
En ellos más bien á amarme
Aprenderá, y divertido
Con mis caricias, más dulce
Le sonará el nombre de hijo.
¡Hijo adorado y hermoso,
En quien mis venturas cifro,
Esperanza de mi vida,
De mi ancianidad alivio.
De tus venturosos padres
Embeleso peregrino,
Luz, clavel, fausto renuevo
De nuestros años floridos!
Vén, mi bien, vén á alegrarme,
Gózate en el seno mio,
Pues que sólo, enamorado,
Para ti y tu madre vivo.—
Lisi, la sensible Lisi,
No pudo más resistirlo,
Y dándole ardiente un beso
Del almibar más subido,
«Cesen tus astudadas quejas
Y tu inquietud y martirio,
Y no enojos acrimines
Lo que pasatiempo ha sido.
«Cesen, donosa riendo,
A su fiel Aminta dijo;
Y toma la rica joya
De tu amor tierno y sencillo.
«Un juego fué, dulce esposo,
Negártelo, no un desvío;
Toma, que con él mi vida
En tus brazos depositó.»
Cogió el padre el feliz peso,
Miró á Lisi enternecido,

Y en suave llanto sus ojos
Se arrasaron sin sentirlo.

ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

Nunca yo hallado te hubiera,
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú, por mi ventura,
Salieras, Rosana, á verlos;
Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento;
Que amor, si esperanza falta,
Sólo es un loco despecho,
La solicitud martirio,
Y agonía los desvelos.
Vite afortunado entónces,
Un acaso fué el encuentro;
Mas el verte y adorarte
Todo fué un instante mesmo;
Cual son en la parda nube
En un punto rayo y trueno,
Y glorioso el sol inunda
De un mar de luz tierra y cielos.
Tan bella en el llano estabas,
Cual en un vergel ameno
Crece el alto cinamomo,
De flores y hoja cubierto;
Tal cual fresca clavellina
Despliega el virginal seno,
Salpicada de rocío,
Y en ámbares baña el suelo;
Tal cual la rubia mañana
Entre purpúreos reflejos
Abre las puertas al día,
Y en pos marcha del lucero.
Yo te rendí el albedrío;
Puede, bien mio, no hacerlo,
Siendo tan bella, y mis ojos
Estándote ¡ay de mí! viendo?
¿Quién de tu voz al prestigio,
De tus miradas al juego,
A la gracia de tus pasos
Y á las sales de tu ingenio,
Esclavo no su humillara,
Por más que con loco empeño
A su magia irresistible
Pusiese un pecho de acero?
O ¿quién no ofreció á tus plantas,
Feliz en su rendimiento,
Alma y libertad y vida,
Haciéndote de ellas dueño?
¿Por qué á los fuegos saliste?
¿Por qué yo estuve ciego?
¿Acaso adorarte es culpa,
O acaso en servir te ofendo?
¿Quién puso tal ley? Mal haya,
Mal haya el alma de hielo
Que así pensó, profanando
De amor los dulces misterios;
Mal el que tirano intenta
Ahogar su plácido incendio,
Y que el suspirar no sea
De la edad florida empleo.
No, el amor no es un delito,
Sino un suavísimo fendo
Que grata naturaleza
Pone á los sensibles pechos.
Yo lo pago, y fiel te adoro;
Benigna á mi ahincado ruego,
No á su yugo, que es de flores,
Huyas indócil el cuello.
Cede, adorada, á este yugo,
Que sustenta el universo,
Y á que dóciles un día
Los númenes se rindieron.
Verás cómo siempre vivo
Un purísimo venero
De delicias inefables

Sacia tu labio sediento;
Cuán fino tu seno hierve
En regalados afectos,
Tu boca en cantos y risas,
El alma en dichas y anhelos;
Y en el fuego de sus aras
Más y más sin fin ardemos,
Para gozar y adorarnos,
Sólo felices viviendo.
Así sin duelos ni afanes
Bajo su glorioso cetro
Triunfaremos, vida mia,
De la fortuna y el tiempo.

ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojos alegres,
Que con su juego me encantan
Y al amor mismo enloquecen;
No el frescor de tus mejillas,
Bañadas de grana y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden;
No la nariz agraciada,
No la llena y blanca frente,
Ni tu boca, muy más dulce
Que son del Híbla las mieles;
La bien torneada garganta,
Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Señuelo á mi anhelo ardiente;
Ese seno, Clori mia,
Que para mejor perderme,
A par de tu suave aliento
Realza amor blandamente;
Dónde ya artero se esconde,
Porque el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas,
Causado de herir, se aduerme;
Bellos son, y solicitan
El deseo á mil placeres;
Empero no me han forzado
A que tu cautivo fuese;
Que ya en cien otras hermosas,
Por mil trances diferentes,
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres niñeces,
Por favorecido suyo
Me tendió el ciego estas redes,
Sin que en sus lazgos falaces
Tan dócil cual hoy cayese.
Otras más excelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias más divinas,
Que el amor vulgar no entiende.
Gracias, Clori idolatrada,
Que sin cesar reflorecen,
Y sólo el alma las goza,
Cual ella sola las siente.
Ella sola, y su fragancia,
Que á rosas y ámbares vence,
En el seno que la aspira,
Eternas delicias mueve.
Así en la comun belleza,
Que con su esplendor lucente
Y el agrado de sus formas
Los sentidos embebece,
Mi corazón mal contento
Y la razón impaciente
Un alma ansiaban; la hallaron,
Y serán sus siervos fieles.
Que los encantos del cuerpo
Son vanos frágiles bienes,
Flor de un día, que á la tarde
Su pompa y matices pierde;
Llama que brilla un momento;
Que luego eclipsada muere,
Y al resplandor con que alumbró,

ROMANCES.

Sombras y dolor suceden.
Un soplo, un sol la mancillan,
O anublala el tiempo leve,
Pero del alma los dones
Cual ella jamas fenecen.
Jamás tu amable inocencia,
Tu dulzor, y esa clemente
Ternura, que abierto al triste
Contino tu pecho tiene;
Ese pecho tan sensible,
Donde amor rendido aprende
A saber amar, y el mundo
Ni conoce ni merece,
En su prez inestimable,
Dejarán, mi bien, de hacerme
La impresion encantadora
Con que hoy todo me conmueven.
No, jamas la llama pura
De amistad en que te excedes
A ti misma, previniendo
Cuanto el deseo ansiar puede;
Ese solcito anhelo,
Que siempre exhalado viene
A alzar con pródida mano
La humanidad indigente;
Y ese tu pensar divino,
En que, oyéndote, mil voces
Estática queda el alma,
Como si á un ángel oyese;
O ese encanto delicioso
Con que delicada ejerces,
Sin ofender, el imperio
Que sobre todos te adquieres;
Ni tu sencillez donosa,
Y esa modestia celeste,
Que amando, adorada, tanto,
Nada á permitir se atreve;
Sentirán la acción del tiempo;
Siempre en juventud perene,
Siempre ocupacion dichosa
De mi pecho y de mi mente,
Que olvidando en tí lo humano,
Te hallarán graciosa siempre,
Celestial, amable y digna
De los cultos que hoy te ofrecen.
Así, aunque la edad caduca
Llegue á escarchar nuestras sienas,
Aun amarémos; que el alma,
Clori, jamas envejece.

ROMANCE XXIII.

LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella?
¿Tus ojos cristalinos,
De llorar, mi bien, turbados?
¿Sin luz su amoroso brillo?
¿Tu rostro ajado? ¿el gracioso
Color de rosa marchito
En tus mejillas? ¿tu pecho
Lanzar ardientes suspiros?
¿Tú elevada y silenciosa?
¿Tú de tu zagal querido
El lado esquivar tres días?
¿Por qué tan crudo desvío?
¿Es éste el amor eterno?
¿Este el premio á mis martirios,
Y la fe jurada? ¿Injusta!
¿Me abandonas? ¿soy perdido?
¿Qué niebla á tu luz se opone?
Por el corazón más fino
Que el niño alado hasta ahora
Hirió con sus dulces tiros;
Por un alma en que dominas
Cual señora, te suplico
Me digas tu mal, ó acabes,
Cruel, de una vez conmigo.
Vivir no puedo en más dudas;
Cuantos tristes devarios
Teme mi desdicha, todos
Presentes ahora los miro.

Todos á azorarme vienen;
Y desolado el juicio,
Sin osar fijarse, vaga
De uno en otro mal perdido;
Cual un mísero forzado,
Que ansiando romper sus grillos,
Mientras más sin fruto lidia,
Mayor es su necio ahínco (1).
Ya tu helada indiferencia
Me hace temblar, ya el antiguo
Ceño implacable, por otro
Ya mi amor lloro en olvido;
Y abandonado... ¡Dejarme
Su fe! ¡su labio sencillo
Torpe mentir! Léjos, léjos
De mí, pensamiento indigno.
Léjos de mí; y tú, perdona,
Perdona al ciego delirio
Que me arrastra; ¡oh, si algún día
Mi llama hubieses creído!
¿Qué feliz, cuán sin zozobra
Gozara el premio, contigo,
De mi atan! Ya no hay remedio;
Tú, alevé, tú lo has querido;
Y yo, víctima infelice
De un error, en un abismo
De males sumido, al cielo
Clamo en vano por alivio.
¿Causa infeliz de estos males!
Por tu obstinado capricho
Feneció nuestra ventura,
Y hoy los dos á par gemimos (2);
Yendo los ojos vendados
Por un ciego laberinto,
Do es tan vana la salida,
Cuan mortales los peligros (3).
Mi estado mira, y piadosa
Duélete dél; no mi esquivo
Tormento, inhumana, dobles
Con tu silencio, bien mio.
¿Qué te aqueja? ¿qué padeces?
Yo en tu seno deposito
Mis crudas penas; pues ¿cómo
No te merezco lo mismo?
¿Puede haber ningún misterio
Entre dos que tan unidos
Estrecha amor? ¿tus pesares
Son de mis males distintos?
Unos mismos son, amada,
Cual lo son nuestros destinos,
Ya implacable nos afija,
Ya el dios nos ría benigno.
Tú misma, entre sus trasportes,
Veces mil fina lo has dicho,
Ahincada poniendo al cielo
De tu verdad por testigo.
Y hoy, bárbara, los separas!
Y así, en tu silencio impio
Obstinándote, los ruegos
Huyes de tu triste amiga!
Y te complaces en verle
Dudoso, ahogado, sombrío,
Sospechar, temblar doquiera
Desastres ó precipicios... (4).
Mi ardor, mis furoros sabes,
Y á todo estoy decidido,
Méno á olvidarte; ciego
Será á tu voz mi albedrío (5).

(1) Esta cuarteta fué añadida por MELENDEZ.

(2) Idem.

(3) Idem.

(4) Esta cuarteta y las cuatro anteriores fueron añadidas.

(5) Será á todo mi albedrío. (Variante.) Esta es una de las ocasiones en que el afán de enmendar su texto primitivo extravió á MELENDEZ. Ya que corrigió, debió hacer la corrección completa, y no incurrir en esta impropia locución: ciego á tu voz. En vez de ciego, debió poner sordo.

ROMANCE XXIV.

LA VUELTA DEL COLORIN.

«¿Qué es esto, colorin mío,
Revolando á mis ventanas,
Cuando yo te suponía
Unido ya con tu amada;
»Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Día y noche requebrarla;
»Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia,
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
»¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió, al abrir sus balcones,
Que su colorin la aguarda.
»¿Qué es esto, avecilla necia?
Tan presto tu bien te cansa,
Que ya infeliz echas menos
La esclavitud de la jaula?
»Te agrada el afán inútil
De arañar con cruda garra
Y morder con fiero pico
Los alambres de tu guarda?
»Y éste era el empeño ardiente
Con que en romperlos pugnabas,
Y éstos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!
»Valen más doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?
»Posarse allí, bullicioso,
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándose tú, se alza?
»Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas que el vivo soplo
Del cefirillo rizara?
»Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores más lozanas,
»Buscar la rosa más bella,
Y gozar feliz del ámbra
Que exhalan sus frescas hojas,
Libándolas sin ajarla?
»Valen más mis carifitos
Que las ardientes piadas
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?
»No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,
Que en estrecho bebedero,
Ni tan risueñas ni claras?
»Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?
»Allí entre flores y atomas,
Al rayar riendo el alba,
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?
»Allí, de tu gusto dueño,
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?
»Y en pos de tu alegre amiga,
Que en tus suspiros se inflama,
Del valle al placido nido
Esposo feliz llevarla?
»Amado colorin mío,
¿No es esto mejor? ¿igual
A tan fausta independencia
Esta sujecion amarga?
»Esta sujecion, que al tiempo
Su rueda abrumando pára,
Y siempre y siempre la misma,

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

A la eternidad retrata,
»Y á un cariñoso me pias!
¡Y solícito te afanas!
¡Y revolando me pides
Que presta el encierro te abra!...
»¡Oh! ¡cuánto, cuánto me enseñas!
¡Cuánto, donoso, me hablas
Con los sentidos gorjeos
Con que á mis balcones llamas!
»Tu leccion y ejemplo sigo,
Avecilla afortunada,
Más que tu dueño discreta,
En tu feliz ignorancia.
»Cesó mi necio delirio;
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbrara.
»Y el tedio se hundió con ellas,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas, que florecen
Doquiera bajo mi planta.
»Tú vuelves, ave querida,
A la mano que te halaga,
Al dueño que te requiebra
Y á la amiga que te ampara.
»Tú vuelves, de agradecida;
Tú vuelves, porque criada
Entre cariños y besos,
En ellos tus dichas hallas.
»También yo hallaré las mias
En querer con vida y alma,
Esclava feliz, al dueño
Que con alma y vida me ama.
»Yo le pagaré, avecilla,
Yo le pagaré, afanada
Noche y día en su regalo,
Las finezas de su llama,
»Como tú, loca en tus juegos,
Con ellos mi afecto pagas,
Y en suavísimas canciones
A mi voz sola te exhalas.
»Tú á mi lado hallas tu gloria,
Y abandonas, por gozarla,
Libertad, nido y querida,
Y porque te encierre clamor,
»Yo, sin tantos sacrificios,
En la infame lazada
Que con mi esposo me liga,
Vincularé mi esperanza.
»Centro á mis finos deseos,
Él será la lumbré clara
Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.
»Y así en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.
»Vén, pues, colorin precioso;
Vén, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.
»Los dos serémos felices,
Tú en tu pacífica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias.»
El colorin cariñoso,
Batiendo alegre las alas,
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba;
Y Fili, la tierna Fili,
Corrió á su esposo exhalada
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

ROMANCE XXV.

LA VISITA DE MI AMIGA.

Permite, insensible amiga,
Que en mis amargos pesares
La injusta ley que me has puesto,
Una sola vez quebrante.

He callado; y no, no puedes,
No puedes, cruel, quejarte
De que mi labio importuno
Con mis lástimas te cansé.
»Guárdalas el hondo pecho;
Y á un tímido de enojarte,
Hasta sus tristes suspiros
Mudos vuelan por el aire.
»Mas de esta feliz mañana
Otro soy ya; no me caben
En el corazón las ansias,
Y vado es forzoso darles.
»Tú en mi casa! ¡tú en mi cuarto,
Y entretenida y afable,
Gozando en él los primores
Del buril y de las artes!
»Tú de Angélica aplaudirme
El encanto inexplicable
Con que á su Medoro mira,
Cede y en sus brazos cae!
»¡Aquél suspiro de fuego
Que parece ir á exhalar
De su boca, el suave anhelo
De su pecho palpitante!
»El delirio con que estrecha
Su cuello, y á sí lo atrae,
Y el ardor que la devora,
Se esfuerza en comunicarle!
»¡La expresion del feliz moro,
Que ya sus éxtasis parte!
»¡Su ahincado mirar, do brillan
Amor y placer triunfantes!
»Y tú, con labio aún más tierno,
Tú, Fili, á par celebrarme
De la infeliz Eloisa
La desfallecida imagen!
»¡Aquellas lágrimas bellas,
Que cual perlas sobresalen
Por sus pálidas mejillas,
Que dos rosas fueron antes!
»¡Aquellos ojos divinos,
Que amor desolado abate,
Un amor que aún quiere al cielo
Su esposa, insano, robarle!
»¡Mientras ella en él los fija
Con todo el fervor de un ángel,
El sacrificio ofreciendo
De sus horribles desastres!
»Y por su cárdena boca,
Que agudo el dolor contrae,
En pos su Abelardo, el alma
Involuntaria se sale!
»¡Esto encarecer!... ¡Oh cuántos,
Oh cuántos en un instante
De encontrados pensamientos
Con tu embeleso alentaste!
»Los vientos, que las borrascas
Consigno bramando traen,
Y la quieta mar encrespan
En rápidos huracanes.
»Menos turbulentos lidian,
Que en mi corazón amante
Mil infelices cuidades
De entonces acá combaten;
»Sin que haya un veloz momento
En que su furor se calme,
En que la razón se escuche,
Ni amor frenético calle.
»Siempre en la idea indelebles,
Cual si ora grata me hablasen,
La languidez de tu acento,
La expresion de tu semblante.
»Posible será que ceda
Tu injusticia! ¡que á mirarme
Como á tu Medoro vuelvas,
Y mi Angélica te llame!
»Que las delicias renueves
Con que algún día, galante,
Cual Eloisa en sus fuegos,
Mi loca pasión premias!
»Acuerda, acuerda estos días
De gloria y bien incabales,

En que tus dulces suspiros
Con mis suspiros mezclaste,
»Cuando, ante la faz del cielo,
En fe y en ternura iguales,
Nos juramos, cruda Fili,
Tú ser mía, yo adorarte;
»Estrechándote en mi seno,
Que aún ahora hablando me late,
Y no pudiendo tú fina
De mis brazos arrancarte...
»No; en tu helada indiferencia
Feneció el sentir; ni sabes
En mi ardiente fantasía
Cuánto una mirada vale.
»No sabes con qué delirio
A mil sueños celestiales
Me abandono y el deseo
Los imposibles combate.
»Mas ¡por qué estos imposibles?
Tuyos son, que el fatal arte
Tienes de hacerte infelice,
Y á mí, bárbara, acabarme.
»No los hay para quien ama;
Para dos que tan constantes
Sufren, merecen, anhelan,
Y en las mismas llamas arden...
»Yo sueño, y amor me burla;
De ilusiones agradables
El alma llena, en mi cuarto
Y á tu lado vuelvo á hallarme.
»Dime, mi bien, no me viste
Embebecido, cobarde,
Turbado, dudoso, inquieto,
Y osando apénas hablarte?
»No viste en mi triste rostro
Las dolorosas señales
De mi abandono? ¡no oíste
Decirte entre tiernos ayes:
»«Esta casa, su fiel dueño
Tuyos son?» ¡Oh qué de males
Con tus celos indiscretos
A ti á par que á mí causaste!
»Hoy, en ella soberana,
Bajo tu imperio si vive
Fuera mi gloria, rendido
Como señora adorarte;
»Recibir las dulces leyes
Que tu labio me dictase,
Y mirándome en tus ojos,
Sólo en tu culto emplearme;
»Haciendo así la cadena
Que unió nuestras voluntades,
Y hoy tu impía mano destroza,
De aroma y rosa inmortales.
»Ay Fili! Esta cadena,
Por desdeñar tú escucharme,
En mi bárbaro despecho,
Será un dogal que me acabe.
»Contempla, cruel, la obra
De tu altivez, y si valen
Ruegos en tí, no mis penas
Dobles con nuevos ultrajes;
»Que aún la esperanza... ¡Oh si un
Ve, injusta, el horrible trance [dial...
En que me has puesto; el bien veo,
Y ni aún puedo desearte.—
»Fili más sufrir no pudo
Que así su amor la increpase,
Pues aunque severa le huye,
Jamás dejará de amarle.
»Suspiró profundamente,
Y el sonrosado semblante
Inclinó sobre su seno,
Sin atreverse á mirarle.
»El dichoso, que á sus ansias
La alcanzó tan favorable,
Entre sus brazos la estrecha,
Y exclamando: «¡Amor, triunfaste!
»Fili, bien mío, le dice,
Baste de violencias, baste;
Cesen tus falsos desvíos
Y mis dudas infernales

II, PS. XVIII.

ROMANCES.

»Tú serás mi eterno empleo,
Tú mi delicia inefable,
Mi vida y mi gloria, y cuanto
De más tierno en amor cabe;
»Que, pues él feliz nos une
Tras tamañas tempestades,
Y haber de su amargo acibar
Mi labio apurado el cáliz,
»¿Qué fuerza, adorada mía,
Qué fuerza será bastante
Ni á arrancarte de mi pecho,
Ni á que tú dejes de amarme?
»Nada, la sensible Fili,
Nada», responde anhelante;
Y en lágrimas de ternura,
Cual nieve al sol, se deshace.

ROMANCE XXVI.

LA INJUSTA DESCONFIANZA.

Basta de enojoso ceño;
No dudes de mi cariño;
Que te agravias y me ofendes
Con tus desvelos, bien mío.
»Yo faltará á mis promesas!
Yo indiferente! ¡yo tibio!
»Desdeñar tu amable lado!
¡Llamarme, y haberte huido!
»Yo, que, ciega mariposa,
Con más bulliciosos giros
Que ella la luz do fenece,
Rondo tus ojos divinos!
»Yo, que, cuando léjos peno,
Fili, de tí, sin sentido,
Cual si presente me oyeras,
Tu dulce nombre repito!
»No, donosa; nada temas
De un corazón que sencillo
Te idolatra y es tu esclavo
Por eleccion y destino.
»La constancia fué su gloria;
Y orgulloso hoy en sus grillos,
Nombre, libertad, fortuna,
Todo á tus pies lo ha rendido;
»Y por tí sola, de todos
Olvidado en su retiro,
No demanda en tantos suyos
Ni el más leve sacrificio.
»No lo ves, celosa mía!
No ves con qué ciego ahinco,
Gozoso, en obedecerte
Todas mis venturas cifro?
»Hay gusto tuyo, hay deseo
Que no halles siempre cumplido,
Ni paso en mí, que no sea
Del amante más sumiso?
»Siempre en tí y de tí pendiente,
Y ora como en el principio,
De tus ojos recibiendo
La ley que inviolable sigo.
»Escógite por señora,
Y entre mil tiernos suspiros
Eterna fe me has jurado;
Yo alma y vida te di fino.
»Nuestros labios cariñosos,
Los votos con los gemidos
Mezclando, qué sólo hacemos
Ya un sér, mil veces se han dicho;
»Y crecer sintiendo ardientes
Su embeleso y desvarío,
Estáticos nuestros pechos
Mil veces más se han unido.
»¿Qué momento, Fili mia!
¿Qué abandono! ¡con qué hechizo
Contemplándome exclamabas:
«Tuya soy, y tú eres mío!
»Y en ello cuantas venturas
El afán más exquisito
Con delicia soñar puede,
Y aún más, si es posible, miro.»
»¿Quiénes, adorada, entonces

Más felices? uno mismo
El querer, gozar, y cuanto
Puede embargar los sentidos.
»Y aún dudas y te desvelas!
»Y víctima de un capricho
Te atormentas! O amas poco,
O yo soy de amarte indigno.
»¿Qué! ¡te has trocado de aquella
Que tantas veces me ha visto
Suspirar loco á sus plantas,
De la ira al dulce trino?
»¿Quién osará, amada mía,
Ni de tu hieldad el brillo,
Ni contrastar de tus ojos
El encanto peregrino?
»¿Quién apagar en mi pecho
El volcan que hierve activo,
Ni la impresion indeleble
Turbar que en mí tu amor hizo?
»¿Quién de aquel, entre mil ayes,
«Triunfaste al fin; ya me rindo»,
En mi oído y mi memoria
Jamás borrará el sonido;
»De tierno y tímido llanto
Llenos y en el suelo fijos
Tus ojos, feliz trofeo
De un rigor aún mal vencido?
»Cesa, pues, cesa en tus quejas;
Caiga ya ese ceño umbrío,
Y alegre en tu rostro ria
De sus gracias el bullicio.
»Cesa, cesa, y más amemos;
Crezca el celestial prestigio
Que nos ciega, nuestro fuego
Arda cada vez más vivo.
»Amemos y amemos siempre,
Sin que celos ni desvíos
A turbar amargos vengan
Las delicias que sentimos;
»Delicias inexplicables,
En que ufanos y engreídos
Al amor mismo enseñamos
Con nuestros dulces delirios.
»Mundo y hombres olvidemos;
Que así más y más perdidos,
Vivirás para mí solo,
Como yo para tí vivo.

ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

A mi amigo don Manuel María Cam-
bronero, del Consejo de S. M.

»¿Ves cuán benigno el otoño,
Fábulo, á nuestros ojos riel?
»Con qué majestad tranquila
Sus horas el sol preside!
»¿Cuán plácidas son las noches;
Y hermosa alzando entre miles
De soles Febe su carro,
Con el día en luz compiten!
»¿Ves cuán profuso sus dones
Nos ostenta! ¡qué sutiles
Las auras bullen, las vegas
De nuevas galas se visten!
»En los árboles mecerse
La verde pera, en las vides
La uva de oro, con que Baco
Lagares y cubas hinche!
»La abundancia por doquiera,
Y en deliciosos convites
La alma paz, que á la esperanza
Colmada riendo sigue!
»Nada en vanas apariencias
Ni en melindrosos matices
De flores, que un día apénas
Al rayo del sol resisten.
»El hombre respira y goza;
Donde quier se torne ó mire,
Hallará un bien, un alivio
A las penas que le adigen.

Trabaja el áspero invierno,
Y á par que él domina horrible
Entre nieves y aguaceros,
Su esteva encorvado oprime.
En la estación de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor, y en sus barbechos
Más honda la reja imprime.
Luego cuando el Can fogoso
Sus vivas llamas despide
Sobre la agostada tierra,
Que ahogándose en ellas gime,
El en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía,
Y el trilló y biello apercibe.
Hoy goza; sus largos dones
Grato el otoño le rinde,
Y su afán galardondando,
Su sien de pámpanos ciñe.
Los árboles le dan sombras,
Los céfiros apacibles
Frescura, embeleso el cielo,
Frutos la tierra felices.
Así es, Fabio, nuestra vida;
De su otoño bonancible
Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive.
Sólo en ellos siente el hombre
Su noble sér, y el sublime
Dón de la razón divina
Todo su esplendor recibe.
Este dón, de infanestas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apercibe;
Las enconadas pasiones,
Que en impetu irresistible
Su pecho hasta allí agitaban,
Ya en plácida unión le asisten;
Despertando en él honrosas
Aquel fuego que invisible
Yacia, y con que á la gloria
Y á la humanidad se sirve;
Aquel que de monstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió á Grecia leyes, y alienta
De Helicon los claros cisnes.
Entonces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen;
Sigue en su carro á la luna;
De ella y del sol los eclipses,
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice.
Baja observador al suelo;
Del átomo imperceptible
Del Ande á la excelsa cumbre
Corre con ojos de linco;
Cálase al abismo oscuro;
Ve al oro entre escorias viles,
Informe roca al diamante,
Ann en masa al amatiste;
Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso á unirse,
Perfeccionándose á cuanto
Doquier la mente concibe,
Calcula, pesa, compara,
Y en su tesón invencible
Halla al fin las altas leyes
Con que sér tanto se rige.
Búscalas luego en el hombre,
Sonda las causas, los fines
De sus obras, y qué encuentra,
Fabio? Abismos infelices;
A la honradez en las pajas,
Sobre pluma á la molición,
Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engrie;
En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,

Y al ciego interés hollando
A la verdad, que proscribe.
¡Oh! dichoso quien, del cielo,
Cual tú, alumbrado, consigue
De virtud la fausta senda
Seguir, de quimera libre!
¡Dichoso el que en el otoño
De sus días se redime
De la ley común, y goza
Dulce paz en vida simple!
En la alegre primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores,
Con que el alma se derrite;
Sólo se respira y siente
El placer; sólo se existe
Para querer, en delicias
Nada el pecho, el labio ríe;
De ilusión vaga el deseo
En ilusión, insensible
Al pesar que á las espaldas
Arroja, aunque airado grite.
¡Loca edad, en que sin norte
Se pierde el débil esquivo
De la vida en rumbos ciegos,
Siempre amenazando hundirse!
Sucede el fogoso estío;
La ambición punza insufrible
Al corazón, la codicia
Si, embriagado en loco orgullo,
En bandos no lo dividen
Y partes mil, odios, celos,
Temores, envidia triste.
Con tan ásperos verdugos
El ciego interés dirige
Sus pasos; torres de viento,
Crédulo el error le finge;
Tras un fantasma engañoso,
Que al lograrlo se apercibe
Amargo ya, un otro anhela,
Que sin fin le descarríe;
Alcánzalo, y se fastidia;
Y en su ansiar incorregible,
Entre el tedio y el deseo,
Su enitado sér maldice.
Por fin el plácido otoño
Viene á calmar estas lides,
Siendo en tan recias borrascas
De serenidad el tris.
Viene de frutos colmado;
Los desengaños le siguen,
Cacén las hinchadas pasiones,
Y la razón logra oírse,
Igual al fanal del día
Cuando en el cenit sublime
Deshace la opaca nube,
Que el paso á su llama impide;
Y á su luz, en grata calma
A un tiempo se burla y gime
De tan inútil zozobra;
Y el yerro al aviso sirve;
Cual convaleciente áun débil,
Que en gesto y acento tristes
Su congojosa dolencia
Alegre á todos repite;
O navegante en el puerto,
Libre de naufragas sirtes,
Temblando, sus largos rumbos
Y tempestades describe.
Nuestro otoño, pues, gocemos,
Fabio mío, en paz felice;
Que el tiempo vuela, la vida
Es un vapor insensible,
Y así pasa; el yerro invierno
Al blando otoño persigue,
Y en pos la muerte y la tumba
Serán nuestro eterno eclipse.

ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

Si tan niña te casaron,
¡Por qué murmuras, Elisa,
Que las solteras se lleven
Los galanes de la villa?
¡A qué culpar sus donaires,
Y en tus disparadas iras,
Ni áun perdonarles las gracias
Con que en inocencia brilla?
¡En qué te ofenden las flores
Que su cabello matizan,
De su seno los joyeles,
De sus dedos las sortijas?
¡En qué el donoso bullicio
De su juventud festiva,
Ni el embeleso en que gozan
Del dulce amor las primicias?
Y dejando á las zagalas
En buen hora se engalanan,
Y con atención prolíja
Cuiden de realzar el lustre
De su beldad peregrina.
Cíñe el aljófar su cuello,
Y trasparente á la vista,
Velen su pecho las gasas,
Que leve un sopchillo agita;
Den á su mirar más fuego,
Más frescor á sus mejillas,
Y premiándolo, á su talle
Más soltura y gallardía.
No esta delicia les vedes,
Ni con tus quejas y envidias,
O sus triunfos solemnices,
O publiques tu desdicha.
Déjalas ir á los bailes,
Deja que canten y rían,
Cual tú, enojosa, lo hicieras,
Si hoy no vivieras cautiva;
¡Hicieraslo, como sabes
Que te holgaras siendo niña,
Y que en danzar y prenderte
La palma entónces tenías.
Si feliz no te olvidaste
De las músicas y citas
Que alcanzó más de un dichoso,
Notándolo tus vecinas;
Todo sin cuidado entónces,
Y tú inocente y sencilla,
Era un pasatiempo alegre
Cuanto ora llamas malicia.
Quéjate, pues, de tu estrella;
No nuestras fiestas impidas,
O pensaré que son celos
Tan enfadosa portía.
¡Qué te importa que Belarda
Dé á su zagal una cinta;
Que Silvio y Enarda se hablen,
Ni celosa esté Belinda?
Delio apagará su enojo,
Y los celos serán risas,
Como á las nubes de Mayo
Sigue la lluvia tranquila;
Que tú también de este achaque
Otro tiempo adolecías,
Y curábalo tu esposo,
Y tú le amabas más fina.
Deja, en fin, culpas y duelos
Por sus paces ó sus riñas;
Que asienta mal en tu rostro
El ceño con que nos miras;
Y el cuento serás del valle,
Si, cansada en su alegría,
En dar consejos te empeñas,
Sin que nadie te los pida.
Que si á todos enamora
La modestia que es benigna,
Cuando es importuna, enfada,
Y con altivez irrita;
Cual la mestra y los velos
De la viudez dolorida,
Si al baile van melindrosos,

Todo su placer mancillan.
Ama sensible á tu Albano,
Pues lo tienes de por vida,
Y desvelada en servirle,
A sus gustos te anticipa,
Parte con él tus finezas,
Fiel esposa y dulce amiga,
Aun más que en tus largos bienes,
En bondad y gracias rica.
Ocupada en tus hijuelos
Con solícitud activa,
Cual diligente hortelana
Con dos tiernas clavellinas,
Sus débiles pasos rige,
Goza feliz sus caricias,
Y en su amor y su cuidado
Todos tus encantos cifra.
Y dejando á las zagalas
Bien querer y que las sirvan,
Sin esos necios afanes
Con que en vano te fatigas,
A ellos y al padre dichoso
Consagra alegre tus días,
En la afortunada suerte
Con que los cielos te miman.
Que si él es grato á tus ojos,
Cuanto tú á los suyos linda,
Por más que anhelar no tienes,
Lastimada casadilla.

ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA.

Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo día
Que asoma por el Oriente,
De do en vuelo despeñado
La ciega noche desciende,
Opuesta al sol, que en su alcance
Su lumbroso tren previene;
Y semeja una hoguera
Que en inmensas llamas hierve,
Allá al confin por do asoma
Del cielo, en ellas lo enciende.
¡Oh qué celajes y albores!
¡Qué de ráfagas lucientes
Con sus rayos los alumbran,
Y de oro los enriquecen!
El, como en triunfo glorioso,
Su rápida marcha emprende,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente;
Mientras que los hondos valles
Muy más lóbregos se ofrecen,
Cual si otra noche en sus sombras
De nuevo los envolviese.
De Titon la esposa bella
Ostentándose riñente
Lleno el regazo de flores,
De rosa orladas las sienes,
Libra al céfiro su manto,
Que veloz lo desenvuelve,
Mezclando en el horizonte
La púrpura con la nieve;
Y luego, galán, vagando
Entre las flores se pierde,
El rocío les sacude,
Y sus frescas hojas mece.
Ellas fragantes perfumes
En oblación reverente
Tributan al sol, que á darles
Vida con sus llamas vuelve.
¡Oh! ¡qué bálsamo! ¡qué olores!
¡Qué delicia el alma siente
Al respirarlos! del pecho
Absorta exhalar se quiere.
En tanto de las tinieblas
Los restos se desvanecen
Entre la luz, que en raudales
De los cielos se desprende.

ROMANCES.

Todo con ella del sueño
Sale y se rejuvenece,
Cual si del mundo este día
La feliz aurora fuese;
Y todo la atención llama,
Y bulle en gozo y deleite,
De embeleso en embeleso
Llevándola dulcemente.
La vista vaga perdida;
Aquí una flor la entretiene,
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas transparentes;
Sobre las mieses lozanas
Allí en tal copia las vierte
Grata el alba, que sus hojas
Ya contenerlas no pueden,
Corriendo en líquidos hilos,
Que los surcos humedecen,
Para que así sus cogollos
Con más pompa al sol desplieguen;
Y allá el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento en fáciles ondas,
Apénas correr se advierte.
Más allá el undoso río
Por la ancha vega se tiende
Con majestad sosegada,
Y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual humo desaparece.
Por ese inmenso horizonte,
Que en un pabellón luciente
Arqueándose, los ojos
Atónitos embebece.
El vivo matiz del campo,
Este cielo que se extiende
Serenos y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente,
Este tumulto, este gozo
Que universal antecede
Al trinar el himno al día
Reanimados los vivientes;
Este delirio de voces
Que en su estrépito ensordecen,
Tantos píos de las aves,
Tantos cánticos fervientes,
Este hervor inexplicable,
Este bullir y moverse
En inefable delicia
Una infinitad de seres,
De la hierbecilla humilde
Al roble más eminente,
Del insecto al ave osada
Que al sol su vuelo alzar quiere;
¡Oh! ¡cómo me encanta! ¡oh! ¡cómo
Mi pecho late y se enciende,
Y en la común alegría
Regocijado enloquece!
La mensajera del alba,
La alondra, mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela,
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Sus amores por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El Labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
En volubles ondas crece,
Y á par que en el aire sube,
Se deshace en sombras leves;
Y la atmósfera más pura,
Y los árboles más verdes,
Y más lozano está el valle,
Y más viciosas las mieses.
¡Qué hermosa es, amable Silvia,
La mañana! ¡cuánto tiene

Que admirar! en sus primores
Cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho, y ven al campo,
Que fausto á tu seno ofrece
Su aroma y flores, y juntos
Gocemos tantos placeres.

ROMANCE XXX.

DE UNA AUSENCIA.

¡Qué sirve que viva ausente,
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tórnes
Y te adora el pensamiento?
¡Qué sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien así en la ausencia crece
Cual con seca leña el fuego?
Nunca está lejos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio;
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.
Sólo, zagala, el que olvida,
Se dice bien que está lejos;
Que yo donde quier que fuere,
En mi corazón te llevo.
Cual inseparable marcha
En pos la sombra del cuerpo,
Y vivo el fuego se esconde
Del pedernal en el seno;
Así el esperar me anima,
Y en memorias me entretengo,
Sin que en estos tristes valles
Nada encuentre de recreo;
Sin alio las zagalas,
De altivo y áspero ceño,
Cuanto aquí miro, bien mío,
Me parece toco y feo.
Mis locas ansias se pierden,
Los ayes los lleva el viento,
Mis lágrimas el Eresma,
Y el alba los dulces sueños.
En ellos ¡ay! ¡qué de noches
Me hallara á tus plantas puesto,
Tal vez airada conmigo,
Tal condolidá á mis ruegos!
Y al despertar, ¡qué de veces,
Como burlado me siento,
Llamándote cual si oyeras,
Bañé en lloro amargo el lecho!
Más quisiera yo las noches,
Cuando entre escarchas y hielos
Quejándome de tu olvido
Me halló del alba el licero;
Las noches en que llorando
No merecidos desprecios,
De mi cítara los trinos
Oyó conmovido el cielo,
Más que no estas noches tristes
De luto y dolor eterno,
En que á solas me consumo,
Y maldigo mis deseos.
¡Pues aquellas, vida mía,
Cuando ya mis dulces versos
Sonar pudieron felices,
De gozo y finezas llenos;
Y tú, inflamada al oírlos,
Dándote el amor su velo,
A tus ventanas salías
Con silencioso misterio,
Para entender más de cerca
Los carinosos requiebros,
Y unir tus tímidas ansias
Con mis ardientes afectos!
Nada alcanzará á borrarlas
De un alma de que eres dueño;
De un alma donde por siempre
Será, y único, tu imperio.
Ni por más que en mi desdicha
Se conjure el universo,
Dejarás de hacer, bien mío,